

to, en un jjá, jál de carcajadas sonoras,
que le salían de lo más íntimo.

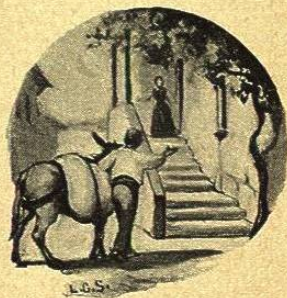
—¡Rica cosecha, sí, señores, un cose-
chón!

Y paró á la puerta, mientras la mujer,
todavía persignándose en lo alto de la es-
calera, movía y removía el barreño de
loza:

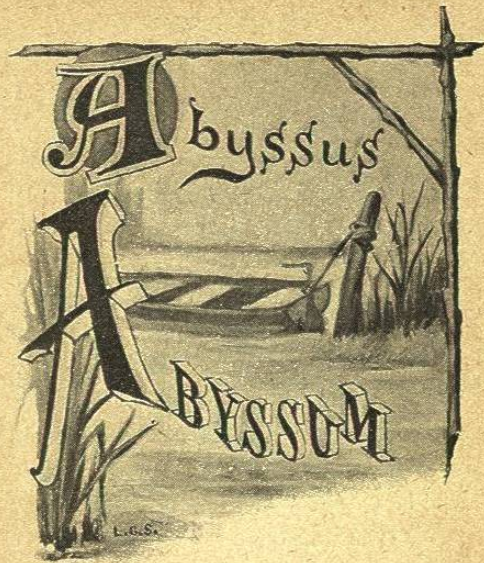
—En nombre del Padre, del Hijo y del
Espíritu Santo.

... Al tiempo que Tomás, abriendo los
brazos, respondía, reclamando las sopas:

—¡Amén!



Abyssus Abyssum...



Aquel día, los dos pequeños habían jurado que irían al río. ¡Así les diesen lo mejor del mundo!... ¡Qué tentación ofrecía el río para ambos! Parecía escuchar todavía, con toda su vibrante entonación de amenaza, aquellas terribles palabras con que la mamá trató de intimidarles, un día en que volvieron á casa muy á deshora.

— ¿Lo entendéis? — les dijo riéndoles;

— oídme bien: si volvéis al río, os mato á palos. Atrevedos á ir...

¡Huy! cómo dijo aquello, ¡María santísima! Colérica, amenazadora, con la mano levantada sobre sus cabecitas rubias... Acordábanse de haber temblado, llenos de miedo, arrimándose el uno al otro, humildes bajo aquella terminante amenaza. Y desde ese día no habían vuelto al río. Á coger nidos, sí, — allí estaban los pantalones rotos de Manuel, que lo estaban diciendo, — á coger nidos es á lo que habían ido ellos. ¡Al río, guarda, Pablo! Si lo supiese la madre...

¡Ah, pero si al menos no los dejasen dormir en aquella alcoba! Por la mañana, apenas abrían las ventanas, la primera cosa que veían era el río; una corriente muy lisa, verdosa, que serpenteaba por entre las hileras bajas de los sauces. Allí estaba el puente viejo, desde el cual los rapaces se tiraban bravamente de cabeza; y también la blanca lancha del Señorito — ¡preciosa lancha! — siempre á la espera de que su amo la desamarrase para pasar á la hermosa quinta que poseía en la orilla opuesta.

Como es natural, el primer deseo que por la mañana asaltaba á los dos rapaces era de irse por allá abajo, muy tempraneros, tanto como los mirlos, meterse dentro de la lancha, botarla al agua y dejarla ir donde ella quisiese, con tal de que fuese siempre adelante... Cuando cerraban las ventanas para acostarse, su vista seguía, al través de la obscuridad de la noche, una línea ideal, que iba á terminar en la lancha. Era su «adiós, hasta mañana,» con que se despedían de aquel reducido objeto, que valía tesoros, que para los dos valía más que todo, que todo...

Si ellos tuviesen una lancha como aquella, ¿para qué querían más?...

— ¿Nada más?

— Eso no... alguna cosa más. Y la madre que no los riñese, por supuesto.

Pero aquella mañana, ¡bella mañana, en verdad! la madre fué á despertarlos más temprano que de costumbre. Animaba ya la aldea un marcado rumor de vida, gente que pasaba hacia los campos, vaivenes de carros en el pésimo empedrado de la calle, los gansos de la

vecindad, que salían en tropel para discurrir por los prados graznando ruidosamente, elevándose en cortos vuelos, espantados por la malintencionada agresión de los muchachos. Hacía más de una hora que resonaba allí cerca el agudo retintín del martillo del herrero, machacando clavos en la bigornia. El cura había ya pasado en dirección á la iglesia, para decir la misa, puesto de sotana, muy tieso y pausado con las llaves en la mano izquierda y en la derecha la botellita de vino. ¡Á dónde estaría ya la misa, á aquella hora! Ya se había retirado á casa la última beata, arrebujaada en su mantón, con andar perezoso, llevándose consigo la esterilla sobre la cual se arrodillaba en la iglesia. Media hora lo menos llevaba Juan, el carpintero, de dar fieros martillazos en medio de la calle, sobre un carro cuyo eje *ardió* el día antes, y que era urgente componer, con todo esmero. Hasta Ernestino, el del estanco, había abierto ya la tienda y subido á la galería para regar las albahacas. Comienzos de la diaria labor, en fin, como es sabido.

Pues, como iba diciendo, la madre despertó aquel día más temprano que de costumbre á los dos pequeños

— ¡Arriba, perezosos, vamos! ¡Es pre-



ciso que os acostumbreis á madrugar, eso es! Ya va para rato que es de día; ¡ahí tenéis el sol, y los señoritos todavía en

la cama! — Á la vez que esto decía, iba abriendo las ventanas. — Persignarse y á vestirse, ¡andando! Los pantalones... el chaleco... la chaqueta, ¡ahí va!

Y les colocó los vestidos sobre la cama.

— ¡Mamá, la bendición! — balbucea-

ron los dos chiquillos, borrachos aún de sueño.

—Dios que os bendiga. Dios no bendice á los perezosos, ¿entendéis? Ahora mismo vuelvo. Quiera Dios que no os encuentre aún acostados; buena se os espera.

Sentáronse ambos en la cama para vestirse, contrariados, cerrando los ojos heridos por aquella luz viva que invadiera el cuarto de una manera repentina y brutal. Por la amplia escotadura de la camisa asomábase el pecho, que ellos acariciaban suave, dulcemente, en una última caricia. ¡Sería tan bueno volver á dormirse así, como estaban, sentados! El pequeño todavía intentó dormirse de nuevo, pesaroso de abandonar el tibio calor de la cama, donde ¡se estaba tan bien! ¡donde los sueños eran tan bonitos!

Pero la madre no tardaría en volver. Era preciso vestirse, ¡qué remedio! Y entonces fué cuando Manuel, más libre del sueño, mirando hacia el campo lo halló encantador, todo resplandeciente de verdosos.

—¿Qué mañana más bonita, no ves? Repara cómo parecen más lindos los árboles. ¿Por qué será?

El otro se encogió de hombros: no sabía. Quizá fuese porque no había nubes...

Por la abierta ventana divisábase un trozo de paisaje, al que la luz viva de aquella hora daba gran nitidez. Las viñas tenían un verde encantador, muy suave, trepando por las pendientes en contraste con los oscuros ramos de los naranjos, que se perfilaban, en cerradas filas, en los húmedos verjeles de la llanura. Revestidos de follaje, ascendían por los aires los olmos gigantes. Pedazos de huerta mostrábanse con toda la pompa de su lozanía y de su frescura. Vefanse las ruedas de las norias, y los amplios emparrados á cuya sombra es grato mendar.

Una fila de chopos altos y delgados marcaba el borde del río, que aquella mañana deslizábase muy sereno, con tonos verdosos en las aguas, resplandeciente bajo el cielo inmaculado.

—¡Ah! — exclamó Manuel, sonriéndose

al contemplarlo.—¡El río! ¿Qué te parece? Mira qué bonito está el río; ¿lo ves, Antonio?

—Lo veo... Pero *también*, ¿qué más da? — contestó con desaliento el hermano. — No se puede ir allí... ¡Figúrate si lo supiese mamá! ¿eh?— Y contemplando á su vez el paisaje, preguntó:— ¿Reparaste en la lancha, Manuel?

—¡Qué bonita!

Rieronse ambos.

—Parece como si la hubieran pintado de nuevo... Y no se mueve, mira.

—Ni puede moverse,— advirtió Manuel—...amarrada con una cuerda...— Y luego, radiante, gesticulando frente á su hermanito, añadió:— Pero yo era capaz de desatarla...

—¡Por supuesto!— dijo Antonio, haciendo como que dudaba, para excitarlo.

Callaron. Bueno fuera poder desatarla, ¡ya lo creo! Ambos metidos dentro de ella, solitos, ¡eso sí que sería bueno! Y ellos, que se perecían por ir á las aceñas, y por el río se llegaba en un instante. ¡La lancha! ¡Cosa buena era ir en la lancha! ¡Y aquella, además, era tan

bonita, como nunca habían visto otra! Jamás podrían olvidárseles — ¡para qué se les olvidasen á ellos! — aquellas tardes en que el señorito los había llevado dentro de la lancha, enseñándoles cómo se remaba.

Manuel fué el primero que se vistió, plantándose delante de la ventana. En aquel momento pasó chillando un bando de golondrinas.

—¡Qué día más bonito, aviate!

—Sí, aviate; ¿y para qué?— preguntó Antonio, dando vueltas al pie para calzarse el zapato, mientras se apoyaba con ambas manos en el borde de la cama.

Sonrió Manuel, tristemente.—Era cierto... Aviarse, ¿para qué? La madre no los dejaba ir al río... Y sino, ¡que fuesen! «¡Os mato á palos si bajáis la ladera!» Con esta advertencia, cualquiera se atrevía... —Y los dos suspiraban, disgustados. ¡Qué fastidio, ser pequeños!

En esto, llegóse también Antonio á la ventana. ¡Precioso estaba el campo! Pero los ojos de ambos no se apartaban de la lancha, fascinados. ¡Demonio de tentación! Y para más dentera, la habían pin-

tado de nuevo: sobre el blanco, todo á lo largo del casco, destacábase nítidamente una faja de azul claro, como cosa de un palmo por encima del nivel del agua.

— Escucha, Manuel. ¿Y si nos escapásemos?

— ¡Anda! ¡Si nos escapásemos!... ¿Y luego? Al cabo tendríamos que volver...

He ahí la dificultad. ¡Eso era lo peor! Después, la madre era capaz de cumplir lo que les tenía prometido.

Y abriendo mucho los ojos, imitando la cólera de la madre:—«Si volvéis al río...»

— ¡Ay, ay, triste suerte!

Nuevamente callaron. Por unos instantes distrajéronse mirando el sol, que rompía por Oriente en una explosión violenta de luz, encendiendo colores en la amplia extensión del paisaje.

—No hay duda que la lancha parece



pintada de nuevo... — repitió con alegría Manuel.

— ¡Vaya que lo está, de fijo! Ahora sí que dará gusto andar dentro de ella...

Rieronse ambos con aquella idea encantadora de ir en el barquito pintado de nuevo. ¡Diantre! ¿y por qué no? Por esto, cobrando ánimos, dijo Antonio resueltamente:

— ¡Vaya, fuera miedo! ¡Cómo que va á matarnos! — Y tirándole de la chaqueta: — ¿Vamos allá, Manuel?

Manuel dijo que no con la cabeza, y atisbó si venía la madre. Como no venía, contestó en voz baja á su hermano:

— Á la tarde, ¿eh? en dos saltos estamos allá. No es tan fácil que nos echen de menos por la tarde. Hacemos como quien va hacia el atrio. Llevamos las peonzas...

— ¡Queda dicho! ¡á la tarde! — asintió Antonio. — Por supuesto, yo desatraco.

— Y yo remo, — dijo en seguida Manuel, imitando con el gesto la acción de remar.

— Al timón voy yo: el timón es lo que dirige, — explicó.